

# México, el sueño surrealista.

Pedro César Castillo Quiñones

Image not found.

# Capítulo 1

## El Monstruo De La Alcantarilla

Importaba poco a cuantos o a quienes les preguntara, todos contestaban lo mismo: "un monstruo salió de la alcantarilla y raptó al bebé de su carreola"

Avanzaba el medio día, cuando un grupo de personas alteradas bloqueó la Calzada Zaragoza. En esos momentos, yo me encontraba limpiando parabrisas a unas pocas calles de distancia. Al principio no le di importancia a lo que sucedía, simplemente continué con mi rutina diaria.

Al cuarto para la una, exaltado y con el pecho galopeando, me emboscó un viejo amigo, con el rostro lívido, y en sus ojos se encerraba la desesperación. Me tomó del brazo, sus labios deshidratados se movían, pero ninguna palabra se entendía. Comprendí, que alguna catástrofe había ocurrido en aquella esquina atiborrada de vociferantes bultos. <¿Ahora qué mierda ocurrió?> pensaba mientras corría < Que no tenga que ver con mi madre> repetía en voz alta. Jamás una calle se me había hecho tan larga, sofocante. Mi cabeza explotaba de ideas poco tangibles, abstractas por el pavor. Las pisadas de las personas retumbaban por el asolado pavimento, como si la tierra estuviese temblando.

Desde que era niño, mi madre se detenía a pedir limosnas en su silla de ruedas, con su mirada taciturna tras los cristales de los automóviles, y todos sus hijos nos escabullíamos entre los escapes de humo, mendigando con los rostros sucios, pidiendo monedas con el cuerpo endeble. Nuestras voces infantiles eran calladas por la estridente música, por los motores de los camiones, por oídos incapaces de escuchar la agonía.

- ¡Tengan cuidado todos, revisen que no haya coladeras destapadas!  
- nos gritaba mi madre desde el extremo de la calle.

Diario mi madre nos advertía que tuviéramos cuidado con las alcantarillas descubiertas. Recuerdo que siempre me ganaba la curiosidad por saber qué habitaba allí abajo, en los inframundos de la ciudad. Observaba aquel hueco oscuro, profundo y hediondo durante largos minutos. < Maldita vida asquerosa, esta calle no tiene final>.

Por fin alcanzo a llegar, y todos los curiosos impertinentes que bloquean la avenida no me permiten ver con claridad. No hay nadie que me informe,

sólo hay gritos y lágrimas estorbando.

- Un monstruo vino corriendo, tomó al bebé y se metió en la alcantarilla- cuentan los vecinos y los comerciantes ambulantes.

Guardo silencio. Me voy acercando al núcleo del caos. Lo primero que observo es una carreola hecho trizas, a un costado, arrumbada como cadáver está mi sobrina de veinte años sollozando quedamente. Sigo buscando más señales, y veo a mi madre detenida en la esquina, sentada en su oxidada silla de ruedas, paralizada como si estuviese muriendo bajo el extenuante calor.

Intentaba convencerme de que esto no fuese real. Me acerco a la coladera, como cuando era niño, y hago el inútil esfuerzo de ver algo. <Esto es un abismo, es imposible que algo viva aquí>.

Un hombre gentil me dio en la mano una cuerda de diez metros. Ató fuerte la soga en mi cintura, y fui descendiendo por aquel hoyo negro mientras varios vecinos me sostenían. Sentía que mi vida pendía de un hilo. Estaba entre el cielo y el infierno, enteramente en un punto medio inamovible.

Bajé hasta el fondo < ¿qué extraño abismo es este?> la ligera luz de un encendedor me guiaba por los niveles de aquel inframundo. Las sombras eran alucinantes, los sonidos igual de comparables que el mundano olor. Una serie de ruidos extraños capturaban mi atención, y al ir avanzando, el sonido que vibraba en el ambiente fue más nítido. Eran unas fauces devorando y tragando. Las ratas se alejaban chillando en sentido contrario. < Que inmenso es el poder de la fantasía. ¡Nada motiva más a la muerte que la imaginación! > Sigo caminado, y en un patético descuido tropiezo por el resbaladizo suelo. La llama se extingue, y busco con el tacto de mis manos el encendedor. Todo es oscuridad, las sombras que me rodean son demonios acechándome. Hubo silencio, y de forma gradual, un espeluznante gruñido se fue acercando. Me levanté sin más, y entre la penumbra salí corriendo hasta llegar de nuevo a la soga que me libraría de este lúgubre sitio. Cogí la cuerda desesperado, y entre gritos suplicaba para que me sacarán de nuevo a la superficie. Mis manos salieron y atesoraron el asfalto de la avenida. Mi madre se acercó y entre dientes me susurró al oído.

- ¿Lo viste? —sentía sus lágrimas deslizándose por su mejilla— Se lo ha llevado... Es por eso que siempre les dije que no se acercaran a esos hoyos del infierno. Esa cosa se llevó al bebé de tu sobrina. El mismo monstruo que se llevó a tus hermanos. —me levanté del suelo, y ella me abrazo como nunca antes lo había hecho— No te molestes en ir por dinero para el funeral, nunca hemos tenido para esos lujos.

## Capítulo 2

### Miedo a las gallinas

Su mayor miedo eran las gallinas; aquellas aves estúpidas que andan de un lado a otro, con la cabeza siempre baja, como si estuviesen buscando u ocultando su mirada por vergüenza, aves que son criadas para el consumo humano, siendo engordadas mientras son desposeídas de sus huevos, se sus futuras crías; polluelos que nunca existirán. <Su mayor miedo son las gallinas, que estúpido>.

Nosotros fuimos los que asesinamos a Bartolo, pero nunca lo planeamos, todo ocurrió por accidente.

Compartíamos la mismo aula, convivíamos con los mismos compañeros, e incluso, cuando llegué a platicar con él, me di cuenta que ambos teníamos aspiraciones y sueños similares.

Bartolo no era un estudiante cualquiera, siempre destacaba en todo. Era él quien tenía las más altas calificaciones, era él quien anotaba el gol de la victoria cuando se enfrentaba el grupo A contra el B. También siempre fue el consentido de los maestros, era el chico que nunca tenía problemas.

- Debe ser muy aburrida tu vida – le dije alguna vez, en algún receso.

- Eso es lo que creen. –Me contestó tranquilo, sin prisas para comer su sándwich de atún.- Siempre ando buscando algún reto nuevo que superar, así que nunca me aburro.

Recuerdo un día en especial, una mal hecha pastorela escolar. Bartolo y yo estábamos en la orquesta. Ambos tocábamos la guitarra, y el profesor deseaba que ambos saliéramos a tocar, juntos. Ninguno de los dos se opuso, pero yo sentía mucha pena porque sabía que Bartolo tenía mucho más talento que yo. Él siempre disponía del tiempo suficiente para practicar, no le costaba ningún trabajo ejecutar las notas que veía u oía.

Faltaba poco para salir al escenario, y para mi mala suerte, dos, de las seis cuerdas de mi guitarra, se rompieron. Después de ese penoso accidente me negué a salir, pero Bartolo, sin que yo se lo pidiera, me ofreció que tomara su guitarra y saliera a tocar. A decir verdad, no sé por qué no me negué a su buena acción, pero tomé su guitarra y decidí salir a tocar yo solo. Cuando terminó el evento, me acerqué a Bartolo para preguntarle por qué había tomado esa decisión. El me miró fijamente, y lo único que dijo fue que eso no tenía importancia, que se alegraba de poder

ayudarme.

A los pocos días, después del evento, nos enteramos que el mayor miedo de Bartolo eran las gallinas, y durante dos días, todos los alumnos del colegio lo molestaron. Llegaron a encerrarlo en el baño junto con un par de gallinas. El otro día, cuando regresó a su casa y abrió su mochila, encontró el cadáver de 3 gallinas, mutiladas, quizá por el poco espacio de la mochila, o quizá porque las mataron antes de sepultarlas en ese pequeño espacio.

El tercer día fue el peor de todos. Cayó en viernes, y entonces Calixto, Ángel y yo decidimos realizar la mayor broma de todas. Esperamos a que todos desalojaran el lugar, y mientras, entreteníamos a Bartolo con una breve partida de ajedrez; fue a mí a quien le toco ese papel, porque al parecer, yo era el único a quien Bartolo le tenía confianza verdadera. Dimos por concluida la partida, la cual él ganó, y salimos platicando de la escuela. En la salida, Ángel y Calixto lo esperaban, y cuando lo vieron salir, se lanzaron contra él, atando sus manos y pies con cinta canela. Recuerdo que él me miraba, mientras yo observaba, como un bulto sin vida. Al final no hice nada. Ellos se lo llevaron a la parte trasera de la escuela, donde no existe nada, donde nadie pasa, y lo enjaularon en una jaula del tamaño de un perro mediano.

- Así que le temes a las gallinas. Sabemos cómo quitarte el miedo.  
-dijo Ángel mientras golpeaba la jaula con una vara enorme.

Ambos comenzaron a aventarle diversos objetos: huevos, harina, agua, tierra, todo lo que sea pegajoso para después adornarlo con plumas.

Pensaba que la broma terminaría después de esto, pero Calixto se opuso a la idea de liberarlo de la estrecha jaula. Ángel escupía puras sandeces, y Calixto nos trataba de convencer diciendo que el mejor modo para que su miedo se esfumara, era dejándolo todo el fin de semana en aquella jaula.

Nadie se opuso y así prosiguió el plan. Bartolo estuvo todo el fin de semana en aquella jaula, sin alimento y sin agua.

El lunes siguiente regresamos a la escuela, y cuando fuimos a ver a Bartolo, notamos que la jaula estaba abierta. Recuerdo que los tres teníamos miedo de que nos haya delatado, pero eso no ocurrió. Observé un rastro de plumas que iban hacia el páramo, pero después de unos escasos metros, el rastro se hacía menos visible.

- Quizá logró transformarse en gallina y de fue volando.

- No seas idiota... las gallinas no pueden volar.

## Capítulo 3

### El Baile De Los Sicarios

Veníamos llegando a la ciudad, y era la primera vez que la veíamos. Íbamos de paso, y nos habían contado tantas historias, a mi hermano y a mí, sobre las ricas viandas y la cálida hospitalidad de los lugareños; así que, sin tanta meditación, decidimos pasar la noche en aquel lugar.

Alguna vez nuestros familiares y conocidos nos dijeron que teníamos que ir a ver la laguna de aquel paraíso extraviado, y caminar por el sendero de las altas montañas. ¡Qué lástima que sólo veníamos de paso! Me hubiera encantado quedarme más tiempo.

- ¡Desde aquí logro ver el pico! ¿Tú lo alcanzas a ver? –le pregunto a mi hermano, en un plan infantil, de emoción. Era una pregunta la cual ya sabía la respuesta; exaltaba mi alegría.

- Se ve desde que veníamos por la carretera.

Tuvimos que llegar caminando, casi arrastrando los pasos y un tanto hambrientos, ya que el transporte en el que viajábamos, proveniente de Honduras, y con destino a la frontera norte de la república, evitaba las escalas no planeadas. Prácticamente tuvimos que rogarle al hombre que conducía para que nos acercara lo más posible.

Mi hermano y yo pedimos aventón cuando caminábamos por la carretera que se dirige a Tuxtla Gutiérrez. Abordamos emocionados, por fin habíamos logrado salir de nuestro pueblo corrupto, olvidado e inseguro. Durante el transcurso del recorrido hacia Veracruz conocimos a varios sujetos que provenían de Centroamérica. Éramos 8 sujetos compartiendo el mismo espacio, respirando el mismo aire sofocante, compartiendo historias casi similares. Todos habíamos dejado nuestro lugar natal por miedo, miedo al olvido.

- Si van a llegar por aquí, caminen con mucho cuidado. – Fue lo último que nos dijeron al salir del vehículo. < ¡Qué van a saber ellos si ni siquiera son de aquí!> lo pensé, mas no se los reclamé.

Al fin logramos entrar al pueblo, pero seguíamos en sus límites. Por un lapso creímos que el lugar había sido abandonado. < ¿Nos mintieron?> pensé, y enseguida mi hermano dijo – ¡mira el paraíso abandonado del que tanto nos contaron!

Esa idea no duro mucho tiempo en mi cabeza, ya que unos segundos después, mi hermano y yo oímos un sonido, que al principio pareció ambiguo. Era música que emanaba alguna bocina, y parecía no estar demasiado lejos de donde estábamos. Poco a poco ubicamos el origen del estruendoso sonido. Se originaba dentro de una escuela primaria bastante descuidada. Al entrar, nos percatamos que todo el pueblo se había aglomerado en un solo punto para celebrar la ceremonia de fin de curso. En el evento se encontraban los directivos escolares, profesores, familiares de los chiquillos y vecinos estorbosos que venían a criticar y chismosear. Entre tantas palabras que se oían, logramos escuchar que en el evento se encontraba alguien relacionado con la educación del pueblo y que él organizó el jolgorio y los festejos.

La gente seguía entrando, esperando a que empezara formalmente el evento. Mi hermano y yo nos sentamos por donde pudimos y observamos que los niños salían caminando en fila india, vistiendo camisetas negras con bermudas, gafas oscuras, alguno que otro portaba paliacate para cubrirse la mandíbula, y todos cargaban un sus pequeñas manos un arma falsa que simulaba ser un cuerno de chivo.

Entonces la música empezó, y los niños simulaban disparar al aire y a los espectadores. Bailaban una canción sobre sicarios, cantaban y bailaban, disparaban y bailaban, disparaban mientras cantaban, y la gente, los espectadores, caían muertos de la risa.

- ¡Eso chingá!, iese es mi sicario!– alguien grito, y su voz se perdió en los oídos de todos.

Fue ahí donde mi hermano y yo nos dimos cuenta que realmente llegamos al paraíso del que tanto nos entusiasmaron. Todo, absolutamente todo era un carnaval, una fiesta que duraría toda la noche.

- Busquemos algo que comer. –dijo mi hermano, se levantó y yo lo seguí.

## Capítulo 4

### **El detective de ánimas**

Aquello resultó ser noticia internacional. De un día para otro, el pueblo de Guadalupe de la Esperanza, era un foco de atención para toda la prensa internacional. El pueblo dejó de ser un parsimonioso paraíso rústico, a un centro de investigación de ciencia mágica forense.

Pocos meses antes de concluir el extenuante año 2018, el pueblo de Guadalupe de la Esperanza se petrificó al enterarse que se había descubierto una fosa clandestina, repleta de cadáveres humanos totalmente desconocidos.

La noticia fue dada a conocer por una caravana de mujeres y madres que van peregrinando desde hace tiempo de pueblo en pueblo, buscando bajo la húmeda tierra los cadáveres de sus familiares desaparecidos. Pululaban cargando palas y picos, y tras de su marcha sólo dejaban huecos casi tan profundos como el vacío que les consume el espíritu. Quienes las veían pasar las conocían como "las "pepenadoras del sol". Cada una de estas mujeres se dedicaba a desenterrar emociones, buscando imparablemente los huesos calcinados del tamaño de media uña.

Un día, mientras instalaban su campamento en los límites de nuestro pueblo, acompañé a mi madre para darles un poco de agua y sopa caliente a todas esas mujeres. No eran más de diez, quizá exagero, pues nunca me tomé la molestia de contar el número exacto que conforma la caravana, pero lo que sí pude contemplar, fue que todas ellas parecían cargar con la misma máscara de melancolía asfixiante. Cuando hablaban entre ellas, sus ojos se fragmentaban en ciento de diminutos diamantes brillos que el viento se encargaba de esparcir por el suelo. Escuché a una de ellas decir que si las lágrimas pudiesen dar frutos, este país sería el más abundante de todos los que hay. Era de madrugada, y todas ellas se alistaban para salir a trabajar, nomás el sol empezara a asomar. Mientras mi madre regalaba alimento, yo me escabullí entre las viviendas improvisadas, explorando con el único fin de saciar mi aburrimiento, y en mi distracción, me topé con un pilar de ropa vieja y desgastada. Ese día, la bruma de la mañana fue especialmente gélida, y entonces enterré mis manos entre las viejas prendas para ver si podía encontrar de casualidad alguna chamarra de mi corta talla. Fui removiendo de montón en montón hasta que encontré una chamarra gruesa de camuflaje militar. La miré, y noté que no estaba descocida, ni apestaba a diésel como las demás. Me fue fácilmente probarla, pero segundos antes de que mis juguetones dedos subieran el zíper para abrochármela, una mujer no más alta yo me sacudió de los hombros, y empezó a decirme no tenía ninguna consideración por las pertenencias de los muertos. Quedé estático, sin ninguna resistencia le permití que me sacudiera como muñeca de trapo.

Sus ojos zarcos por el efecto de la edad me juzgaron inquisitivamente, y después de tanta arenga que reclamaba, se aferró a mí como si intentara robarme el calor corporal. Me abrazó, y sentía como sus lágrimas resbalaban por mi cuello. De igual forma la abracé, pero sin comprender porque lo estaba haciendo. La mujer de ojos enfermos se calmó, y mientras su semblante se endulzaba me dijo que podía conservar la chamarra, si es que claro, no me molestaba el origen de ésta. Con el pasar de los días, más mujeres se anexaban en la búsqueda de los desaparecidos. Aprovechaban al máximo el regalo de los brillos del sol, pues de alguna manera lograban hacer que sus cuerpos no se doblegaran ante el cansancio.

Todas las tardes, después el timbre escolar que anuncia el final de la jornada, mis amigos y yo jugábamos con la pelota a tan sólo unos metros de donde las mujeres penetraban la tierra. En una de esas, recuerdo que anoté un gol que me pareció espectacular, y empecé a correr y a gritar de la emoción. De repente mis alaridos estaban siendo acompañados por un tumulto de voces femeninas. En mi imaginación precoz, me imaginé siendo alabado por la tribuna de un estadio europeo, pero la ilusión se quebrantó cuando mis oídos captaron con mayor atención lo que ocurría. Las mujeres no celebraban conmigo el gol anecdótico, sino que una de ellas había descubierto lo que parecía ser el resto de una muela envuelta con papel aluminio. Todas las mujeres fueron corriendo a la zona donde se decía que había restos, y mis amigos y yo las observábamos desde la distancia, donde no podían oírnos. Y mientras ellas corrían con las palas, uno de mis amigos empezó a mofarse descontroladamente. Él nos dijo a los demás que las mujeres habían confundido un hueso de barbacoa con los de un humano. Le preguntamos cómo lo sabía, y el respondió — Los huesos humanos son más largos—. Ninguno lo contradijo, y regresamos a nuestro juego.

Una noche le pregunté a mi madre por qué ella no estaba afuera ayudando a escarbar. Estábamos en la sala frente a la televisión, y me contestó que no era tan fuerte como para salir a acarrear montículos de tierra, pero, para no sentirse inútil, dijo que intentó, junto con otros vecinos de Guadalupe de la Esperanza, comunicarse con los medios de la prensa para que el país entero las pudiera ayudar, pero que lamentablemente, jamás les respondieron las llamadas de socorro.

No había transcurrido ni un mes desde la llegada de las pepenadoras del sol, y su presencia se había hecho tan habitual en el pueblo, que todos creían conocerlas desde hace mucho tiempo. El alcalde municipal se paseaba junto con las señoras, riendo y escuchando las largas historias que atormentaba a cada una de ellas. Después de oírlas les prometió que iría a visitar a su amigo, el gobernador del estado, y que traería la ayuda necesaria para encontrar a sus familiares. El alcalde prometió durante una semana que la ayuda vendría, y que su palabra se haría realidad. Cuando el alcalde abordó su carro para ir rumbo a, donde quiera que estuviera el

gobernador, todas las mujeres le aplaudieron, y persiguieron su vehículo en ovaciones que fueron más allá de la frontera en la carretera.

A pesar de que el alcalde ya se había retirado con la promesa de encontrar ayuda, las mujeres no arrinconaron las palas, ni dejaron de acarrear los kilos de tierra. Continuaron escarbando hasta que por fin el transporte del alcalde regresó una noche, y esta vez, un extraño de ojo verde y cabello blanco le acompañaba.

Las pepenadoras del sol, y los habitantes de Guadalupe de la Esperanza estábamos aglomerados frente al palacio municipal, esperando a que el alcalde presentara al misterioso forastero de ojo verde. Recién empezaban los frentes fríos, y muchos de nosotros íbamos abrigados de pies a cabeza. Mi madre regalaba café de olla a las melancólicas mujeres de mirada patética, y en lo que ella se distraía en su buena acción, yo buscaba a mis amigos en el centro de la plaza. Los encontré comiendo tamales y tomándose fotografías que después compartirían en sus redes sociales.

Las puertas del palacio municipal se abrieron, y el señor alcalde empezó a declamar un monólogo más sobre la eliminación de la violencia. Al final de su discurso, presentó con los mejores ademanes al señor de ojos verde, que apareció detrás de él, sonriendo con gigantesco dientes, y saludando a todos con la mano izquierda. Tenía un jocosos acento extranjero, que ocasionó en más de una vez la mofa de mis amigos. No puse atención a todo lo que dijo este señor en la plaza, y no fue hasta que regresé a casa cuando le pregunté a mi madre quién era y por qué estaba aquí. Según mi madre, el hombre era de Inglaterra, y también era muy amigo del gobernado de nuestro Estado. Durante su discurso se presentó como el detective de ánimas, y que en su país natal era famoso su apodo. Dijo que se dedicaba a encontrar cuerpos desaparecidos con la ayuda de la tecnología, pues según dijo, había logrado inventar una máquina capaz de percibir las energías que los muertos desprenden.

A la mañana siguiente, durante mi cotidiano trayecto a la escuela, quedé sorprendido al ver a cientos de reporteros televisando la descarga de decenas de cajas que estaban dentro de unos camiones que llegaron cuando transcurría la madrugada. El señor inglés hablaba frente a las cámaras, y junto a él estaba un general de división escoltado por su tropa. Parecía que todo el pueblo, y otros más estaban presentes para admirar los supuestos aparatos que rastrean la energía de los muertos. El general confesó frente a las cámaras haber dialogado con el hombre inglés, que resultó ser empresario, y dijo que estaba más que contento en poder realizar transacciones comerciales con él. Dijo que el nombre del aparato era "Rastreador Atómico" y que la Secretaría de Seguridad Pública del Estado compró orgullosamente más de quinientas unidades, a un precio de treinta y cinco mil dólares cada uno. Hubo un apretón de manos entre el señor inglés y el sargento, y sin decir nada más, el hombre de ojos

verde se montó en un vehículo, y fue escoltado hasta la salida del pueblo.

Cuando los soldados empezaron a abrir las cajas y mostrarle al público el Rastreador Atómico, la muchedumbre empezó a desesperarse, pues ya todos querían admirar la compleja maquinaria del aparato. Las pepenadoras del sol, que estaban hasta el frente de las masas, empezaron a gritar, exigiéndole a los soldados que regalaran de inmediato los aparatos fabricados por el milagro de la ciencia, pues el tiempo para ellas valía más que el oro.

Por fin abrieron las cajas, y revelaron ante nosotros un aparato del tamaño de un libro, pero delgado como una caja de serillos. A simple vista, parecía sólo un pedazo de plástico y una antena de metal, pero el hombre inglés empezó a presumir que su aparato era sin duda alguna un milagro de la ciencia y la tecnología, y que su complejo sistema de operación traería de la muerte la felicidad de todas las mujeres y madres que enterraron su felicidad. El pueblo se estremeció en alaridos y aplausos, y de repente, una caravana de músicos de carnaval entró dando alegría al pueblo entero. El ejército repartía los dichosos aparatos, y el sargento y el hombre inglés estrechaban manos frente a las cámaras, y ante nuestros propios ojos. Luego, sin decir nada más, el hombre de ojos verde se montó en un vehículo, y fue escoltado hasta la salida del pueblo. Nunca más volvimos a saber de él, y tiempo después, la mayoría de los habitantes de Guadalupe de la Esperanza olvidarían que alguna vez existió un hombre de otro continente que vino a venderles esperanza, pues, según un grupo de médicos videntes del futuro, todos de Centroamérica, llegó con la noticia de que una pandemia se propagaba rápidamente, por todo el continente, y el primer síntoma de esta extraña enfermedad era el olvido, y el fallo de la memoria.